

En un instante fué subido el chiquillo, empujado, arrastrado, metido por el agujero sin que tuviese tiempo de darse cuenta de nada; Gavroche, que entró detrás de él, pegó una patada á la escalera, que cayó sobre la yerba, dió entonces una palmada y gritó:

—¡Ya estáis aquí! ¡Viva el general Lafayette!

Pasada esta explosión, añadió:

—¡Cominillos, estáis en mi casa!

Gavroche estaba, en efecto, en su casa.

¡Oh utilidad increíble de lo inútil! ¡Caridad de todo lo grande! ¡Bondad de los gigantes!

Aquel monumento desmesurado, que había contenido un pensamiento del emperador, se había convertido en la jaula de un pilluelo.

El muñeco había sido adoptado y abrigado por el coloso.

Los burgueses endomingados que atravesaban los días de fiesta por delante del elefante de la Bastilla, decían midiéndole con la vista al nivel de su cabeza con cierto desprecio.

—¿De qué sirve eso?

Pues servía para salvar del frío, de la escarcha, del granizo y de la lluvia, para librar del aire del invierno, para preservar del sueño sobre el lodo que produce la fiebre, y del sueño sobre la nieve que produce la muerte, á un pequeño sér sin padre ni madre, sin pan, sin ropa, sin asilo.

Servía para recoger al inocente que la sociedad rechazaba.

Servía para remediar en algo una falta pública.

Era una cueva abierta para el que encontraba cerradas todas las puertas.

Parecía que el viejo y miserable mastodonte, invadido por los gusanos y por el olvido, cubierto de verrugas, de mataduras y de úlceras, vacilante, carcomido, abandonado, condenado; especie de mendigo colosal que pedía en vano la limosna de una mirada benévola en medio de aquella explanada, había tenido lástima de aquel otro mendigo, del pobre pigmeo que andaba descalzo, sin techo bajo el cual cobijarse, soplándose los dedos, vestido de harapos; alimentándose de desperdicios.

Véase de qué servía el elefante de la Bastilla.

Aquella idea de Napoleón, despreciada por los hombres, había sido acogida por Dios.

Lo que sólo hubiera sido ilustre, se había hecho augusto.

El emperador habría necesitado para realizar lo que meditaba, el pórfido, el bronce, el hierro, el oro, el mármol; á Dios le bastaba aquella vieja trabazón de tablas, vigas y yeso.

El emperador había tenido un pensamiento digno del genio; con aquel elefante titánico, armado, prodigioso, elevando su trompa, llevando su torre, y haciendo salir de todas partes á su alrededor aguas alegres y vivificantes, quería formar la encarnación del pueblo. Dios había hecho una cosa más grande; alojaba allí á un niño.

El agujero por donde Gavroche había entrado era una rendija visible apenas por fuera, porque estaba oculta, como hemos dicho, bajo el vientre del elefante; y era tan estrecha, que sólo gatos y chiquillos pudieran pasar por ella.

—Empecemos,—dijo Gavroche,—por decir al portero que no estamos en casa.

Y penetrando en lo obscuro, con la seguridad del que conoce su casa, tomó una tabla y tapó el agujero.

Gavroche volvió á internarse en la obscuridad.

Los niños oyeron el chirrido del palito azufrado sumergido en la botellita fosfórica.



Las cerillas con fósforo no se conocían aún; el eslabón Fumade representaba en aquella época el progreso.

Una claridad súbita les hizo cerrar los ojos; Gavroche acababa de encender una de esas sogas impregnadas de resina que se llaman hachas de viento.

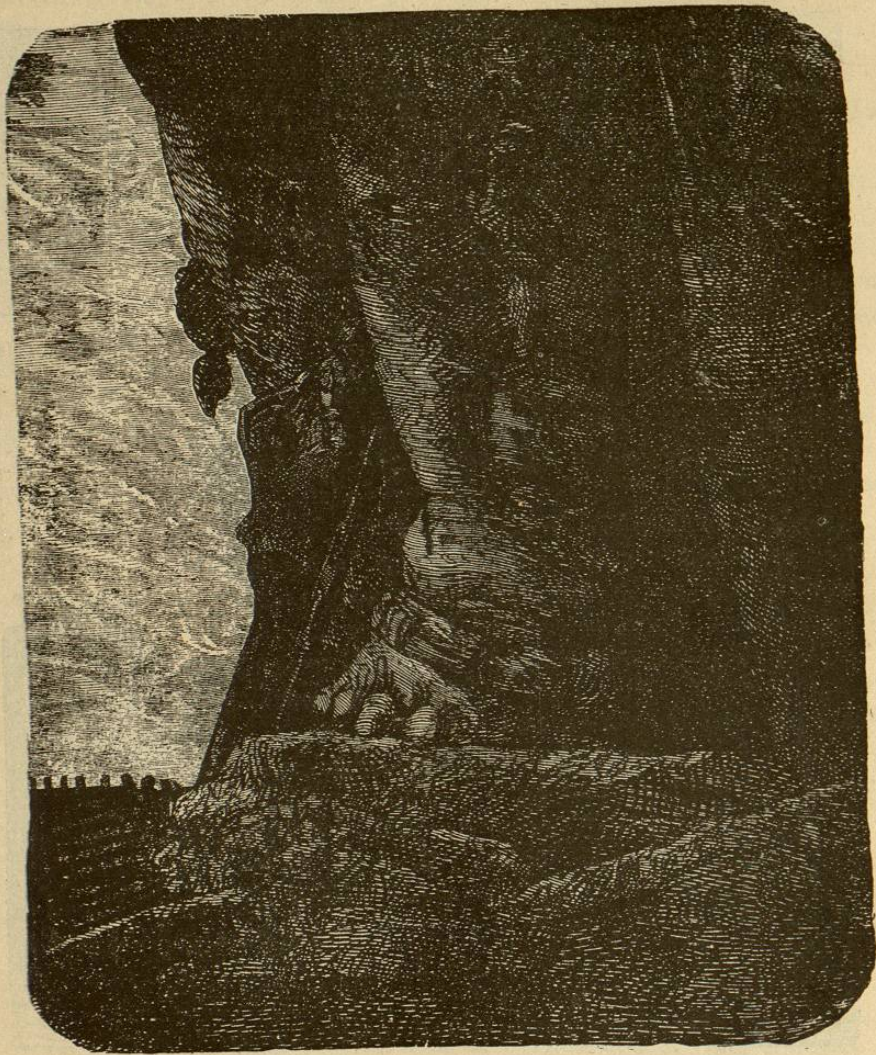
El hacha, que despedía más humo que luz, hacía confusamente visible lo interior del elefante.

Los dos huéspedes de Gavroche miraron en torno suyo, y experimentaron algo semejante á lo que sentiría quien se viese encerrado en el gran tonel de Heidelberg, ó más bien, lo que debió experimentar Jonás en el vientre de la ballena bíblica.



Se les aparecía un esqueleto gigantesco y los envolvía.

En lo alto, una gruesa viga oscura, de la cual partían de distancia en distancia macizas viguetas cintradas, figuraba la columna vertebral con las costillas; estalactitas de yeso colgaban como vísceras, y de un lado á otro vastas telarañas hacían el efecto de polvorosos diafragmas.



Veíanse aquí y allí, en los rincones, grandes manchas negruscas, que parecían dotadas de vida, y que se agitaban rápidamente con movimiento brusco y asustadizo.

Los pedazos caídos del dorso del elefante sobre el fondo del vientre habían llenado la concavidad, de modo que se podía caminar sobre ellos como sobre un tablado.

El menor de los niños se arrimó á su hermano, y dijo á media voz:

—¡Qué oscuridad!

Esta frase llamó la atención de Gavroche.

El aspecto petrificado de los dos niños hacía necesaria una explosión:

—¿Qué estáis diciendo?—exclamó.—¡Cómo se entiende! ¿Es cosa de burlas? ¿Nos hacemos los descontentos? ¿Necesitais acaso las Tullerías? ¿Sereis unos majaderos? Decídmelo. Os prevengo que no pertenezco al batallón de los torpes. ¡Ah ya! Eso es que sois los pinches del mostacero del papa.

Un poco de aspereza, es conveniente á los miedosos; les alienta.

Los niños se arrimaron á Gavroche.

Este, paternalmente enternecido de su confianza, pasó de "lo grave á lo dulce," y dirigiéndose al más pequeño:

—Bestia,—le dijo, pronunciando la injuria en tono cariñoso;—lo obscuro está en la calle. En la calle llueve, aquí no llueve; en la calle hace frío, aquí no hay un soplo de viento; en la calle hay gente, aquí no hay una alma; en la calle no hay luna siquiera, aquí hay una luz; ¡por vida de!...

Los dos niños empezaron á mirar aquella habitación con menos miedo; pero Gavroche no les dejó tiempo para contemplarla.

—Listos,—dijo.

Y los empujó hácia lo que podríamos llamar el fondo del cuarto.

Allí estaba su cama.

La cama de Gavroche era completa; es decir, tenía un colchón, una manta y una alcoba con cortinas.

El colchón era una estera de paja; la manta un pedazo de tejido de lana gris muy caliente, y casi nuevo.

Veamos ahora lo que era la alcoba.

Tres rodrigones bastante largos, metidos sólidamente entre el cascote del suelo es decir, del vientre del elefante, dos delante y uno detrás, y unidos por una sogá en su vértice, de modo que formaban una pirámide.

Esta pirámide sostenía un enrejado de alambre de latón colocado por cima, y artísticamente aplicado y amarrado con ataduras de alambre de hierro, de modo que nada podía pasar entre él y el suelo.

El enrejado no era más que un pedazo de esas alambreras de que se hacen las pajareras en los corrales.

La cama de Gavroche estaba colocada bajo el enrejado como una jaula.

El conjunto parecía la tienda de un esquimal.

Ese enrejado es el que hacía las veces de cortina.

Gavroche apartó un poco las piedras que le sujetaban por delante, y se separaron así los dos paños, que caían uno sobre el otro.

—¡Muñecos, á cuatro patas!—dijo Gavroche.

E hizo entrar con precaución á sus huéspedes en la alcoba; entró luego detrás de ellos, arrastrándose; volvió á acercar las piedras, y así quedó herméticamente cerrada la abertura.

Los tres se echaron sobre la estera.

Por pequeños que ellos fueran, ninguno podía estar de pié en la alcoba.

Gavroche seguía teniendo el cabo de vela en la mano.

—Ahora,—les dijo,—sornad. Voy á suprimir el candelero.

—Señor,—preguntó el mayor de los dos hermanos á Gavroche, indicando el enrejado,—¿qué es esto?

—¿Eso?—dijo Gavroche gravemente.—Es para las ratas. ¡Sornad!



Pero se creyó obligado á añadir algunas palabras para instruir á aquellas criaturas, y continuó:

—Estas son cosas del Jardín Botánico. Eso sirve para los animales feroces. “Allay” un almacén lleno. “Nay” más que subir una pared, saltar por una ventana, y pasar una puerta, y se obtiene todo lo que se quiere.

Y mientras así hablaba, arropaba con una punta de la manta al más pequeño, el cual dijo para sí:

—¡Oh, qué bueno es esto! ¡Qué caliente!

Gavroche dió una mirada de satisfacción á la manta.

—También es esto del Jardín Botánico,—dijo.—Se la he “tomado” á los monos. Y enseñando al mayor la estera en que estaba acostado, estera muy espesa y admirablemente trabajada, añadió:

—Esto era de la girafa.

Después de una pausa, prosiguió:

—Los animales tenían todo esto, y yo se lo he cogido. Por eso no se han enfadado. Les he dicho: “Es para el elefante.”

Después de otra pausa, continuó:

—Se salta la tapia, y se la pega uno al gobierno. “Velay.”

Los dos niños contemplaban con cierto respeto temeroso y estupefacto aquel sér intrépido é ingenioso, vagamundo como ellos, aislado como ellos, miserable como ellos, que tenía algo admirable y poderoso, que les parecía sobrenatural, y cuya fisonomía se componía de todas las muecas de un viejo saltimbanquis, mezcladas con la más sencilla y encantadora sonrisa.

—Señor,—dijo tímidamente el mayor,—¿conque no teneis miedo á los agentes de orden público?

Gavroche se limitó á contestar:

—¡Monigote! No se dice los agentes de orden, se dice los corchetes.

El menor tenía los ojos abiertos, pero escuchaba sin decir nada.

Como estaba al borde de la estera, y el mayor en medio, Gavroche le arropó con la manta, como lo hubiera podido hacer una madre, levantó la estera bejo su cabeza con unos harapos, con objeto de que le sirviese de almohada. Después se volvió hácia el mayor:

—¿Eh? ¡Se está muy bien aquí! ¿Qué tal?

—¡Ah, sí!—respondió el mayor, mirando á Gavroche con la expresión de un ángel salvado.

Los dos pobres chiquitines, que estaban calados, empezaban á calentarse.

—¡Ah!—continuó Gavroche.—¿Por qué llorabais?

Y mostrando al pequeño á su hermano, añadió:

—Un cominillo como ese, no diré que no; pero llorar un grandullón como tú, es de torpes; parece uno un becerro.

—¡Diantre!—dijo el niño,—no teníamos absolutamente donde cobijarnos.

—¡Caracoles!—respondió Gavroche,—no se dice cobijar, se dice empollar.

—Y además, teníamos miedo de estar solos así por la noche.

—No se dice la noche, se dice la obscura.

—Gracias, señor,—dijo el niño.

—Oye,—añadió Gavroche.—Es preciso no berrear nunca por nada. Yo cui-

daré de vosotros. Ya vereis como nos divertimos. En verano iremos á los pozos de nieve con Navet, uno de mis camaradas, nos bañaremos en el estanque, correremos desnudos sobre las barcas delante del puente de Austerlitz. Esto hace rabiarse á las lavanderas, que gritan y alborotan. ¡Si supierais que malas son!

—Iremos á ver al hombre esqueleto; todavía vive en los Campos Eliseos; es muy flaco el tal parroquiano.

—Después os llevaré al teatro á ver á Federico Lemaitre. Tengo billetes; conozco á los actores, y aún he representado una vez en una pieza. Eramos todos monigotes como ese, y corrábamos bajo una tela que era el mar. Os contrataré en mi teatro.

—Iremos á ver á los salvajes. No es verdad que sean tales salvajes; llevan un vestido de punto color de rosa que imita carne, pero que les hace arrugas, y hasta en los codos se notan los zurcidos con hilo blanco.

—Después iremos á la Opera; entraremos con los alabarderos. Los alabarderos son los que aplauden, y su cuerpo está muy bien organizado; pero yo no iría con ellos por la calle. Figúrate que en la Opera hay quien paga veinte sueldos; pero estos son tontos, y se les llama paganos.

—Luego iremos á ver guillotinar, os enseñaré el verdugo. Vive en la calle del Marais; el señor Sansón, tiene una caja buzón para las cartas á la puerta. ¡Ah! Se divierte uno en grande.

En aquel momento cayó una gota de sebo en el dedo de Gavroche, y le recordó las realidades de la vida.

—¡Cáspita!—dijo.—Se acabó el pabulo. ¡Atención! no puedo gastar más de dos sueldos mensuales en luz. Cuando uno se acuesta es para dormir. No tenemos tiempo para leer las novelas de Paul de Kock. Además de que la luz podría pasar por las rajadas de la puerta cochera, y los corchetes no tendrían que hacer más que mirar.

—Y luego,—observó tímidamente el mayor, único que se atrevía á hablar con Gavroche y á contestarle,—podría caer una chispa en la paja, y hay que cuidar de no prender fuego á la casa.

—No se dice prender fuego á la casa,—reparó Gavroche;—se dice asar los trapos.

La tempestad arreciaba, oíase á través del redoble del trueno el turbión que azotaba el lomo del coloso.

—Aquí metidos, que llueva,—dijo Gavroche.—Me divierte ver correr el agua de la cuba por las patas de la casa. El invierno es un animal; pierde su género, pierde su trabajo, porque no puede mojarnos, y esto hace que gruñan el viejo aguador.

Esta alusión al trueno, cuyas consecuencias aceptaba Gavroche en calidad de filósofo del siglo XIX, fué seguida de un gran relámpago, tan deslumbrador, que entró por las hendiduras del vientre del elefante.

Casi al mismo tiempo resonó terriblemente el rayo, cual si bubiese caído allí.

Los dos chiquillos dieron un grito, y se levantaron con tal rapidez, que casi separaron el enrejado; pero Gavroche volviendo hácia ellos su rostro atrevido, aprovechó el trueno para lanzar una carcajada.

—Calma, niños. No conmovamos el edificio. Ese es un hermoso trueno, sea enhorabuena. Un relámpago no es un coco. ¡Bravo por el Dios bueno, caramba! Está casi tan bien hecho como en el teatro del Ambigú.

Dicho esto, arregló el enrejado, empujó ligeramente á los dos niños hacia la cabecera de la cama, apretó sus rodillas para que se estiraran bien, y exclamó:



—Puesto que Dios enciende su luz, yo puedo apagar la mía. Niños, es preciso dormir, jóvenes humanos. Es muy malo no dormir; porque os haría desternillar el gañote ó como dicen en el gran mundo, heder el aliento. ¡Envolveos bien en la "vellosa!" Voy á pagar. ¿Estais ya?

—Sí,—murmuró el mayor,—estoy bien. Tengo la cabeza como sobre pluma.

—No se dice la cabeza; se dice el troncho,—díjole Gavroche.

Los dos niños se apretaron uno contra otro.

Gavroche acabó de arreglarlos sobre la estera, les subió la manta hasta las orejas, y después les repitió por tercera vez la exclamación en lengua hiératica:

—Sornad.

Y apagó el cabo de vela.

Apenas quedaron á obscuras, un temblor singular empezó á conmover el enrejado que cubría á los tres muchachos.

Era una multitud de rozamientos sordos que producían un sonido metálico. Como si garras ó dientes arañasen la alambreira.

Este ruido iba acompañado de pequeños, pero agudos gritos.

El niño de cinco años, oyendo este cencerro por encima de su cabeza, helado de espanto, empujó con el codo á su hermano; pero éste "sornaba" ya, como le había mandado Gavroche.

Entonces el pequeñuelo, no pudiendo con el miedo, se atrevió á interpelar á Gavroche; pero en voz muy baja y conteniendo el aliento:

—¡Señor!

—¡Eh!—dijo Gavroche, que acababa de cerrar los párpados.

—¿Qué es eso?

—Ratas,—respondió Gavroche y volvió á descansar la cabeza en la estera.

Las ratas, en efecto, que pululaban á millares en el esqueleto del elefante, y que eran aquellas manchas negras vivas de que hemos hablado, habían permanecido quietas ante la luz mientras ardió la vela, pero en cuanto aquella caverna, que venía á ser su ciudad, había vuelto á la noche, oliendo lo que el narrador Perrault llama "carne fresca," se habían arrojado sobre la alcoba de Gavroche, habían trepado hasta el vértice, y mordían las mallas como si tratasen de agujerear aquella cobertera de nuevo género. El niño, sin embargo, no podía dormir.

—¡Señor!—volvió á decir.

—¡Eh!—dijo Gavroche.

—¿Son las ratas?

—¡Ratones!

Esta explicación tranquilizó un poco al niño.

Había visto algunas veces ratones blancos, y no les tenía miedo.

No obstante, volvió á alzar la voz:

—¡Señor!

—¡Qué!—repuso Gavroche.

—¿Por qué no teneis gato?

—He tenido uno,—contestó Gavroche;—traje uno, pero se lo comieron.

Esta segunda explicación desbarató el buen efecto de la primera, y el chiquitín volvió á temblar, de modo que por cuarta vez comenzó el diálogo entre él y Gavroche.

—¡Señor!

—¡Qué!

—¿Quién fué el comido?

—El gato.

—¿Y quién se comió al gato?

—Las ratas.

—¿Los ratones?

—Sí, las ratas.

El niño, consternado de estos ratones que se comían á los gatos, prosiguió:

—¡Señor! ¿Nos comerán á nosotros esos ratones?

—¡Vaya!—prorrumpió Gavroche.

El terror del niño llegaba á su colmo; pero Gavroche añadió:

—¡No tengas miedo! No pueden entrar. Además, estoy yo aquí. Toma, coge mi mano. ¡Cállate y duerme!

Gavroche al mismo tiempo tomó la mano del pequeñín por encima de su hermano.

El niño apretó aquella mano y se tranquilizó.

El ánimo y la fuerza tienen comunicaciones misteriosas.

Volvió el silencio; el ruido de las voces había ahuyentado y asustado á las ratas; y aunque al cabo de un rato volvieron á roer el enrejado, los tres muchachos, sumergidos en el sueño, no oían ya nada.

Pasáronse las horas de la noche.

La sombra cubría la inmensa plaza de la Bastilla; un viento invernal, mezclado con la lluvia, soplabá á fuertes ráfagas; las patrullas registraban las puertas, las calles de árboles, los cercados, los rincones oscuros, buscando á los vagabundos nocturnos, y pasaban por delante del elefante; el monstruo de pie, inmóvil, con los ojos abiertos en las tinieblas para meditar como satisfecho de su buena acción, protegía contra el cielo y los hombres á las tres pobres criaturas dormidas.

Para comprender lo que sigue, es preciso recordar, que en aquella época el cuerpo de guardia de la Bastilla estaba situado al otro extremo de la plaza, y que lo que pasaba cerca del elefante no podía ser visto ni oído del centinela.

Hacia el fin de la hora que precede inmediatamente al alba, salió corriendo un hombre de la calle de San Antonio, cruzó la plaza, dió la vuelta á la gran empalizada de la columna de Julio, y se deslizó por la cerca hasta colocarse bajo el vientre del elefante.

Si una luz cualquiera hubiera iluminado á aquel hombre, se habría adivinado que había pasado la noche bajo la lluvia, al verle calado hasta los tuétanos.

Cuando llegó bajo el elefante, lanzó un grito extraño é impropio de toda lengua humana, y que sólo podría reproducir un papagayo.

Repitió dos veces este grito, que sólo podemos representar ortográficamente así:

—¡Kirikikiú!

Al segundo grito, una voz clara, alegre y tierna, respondió desde el vientre del elefante:

—¡Sí!

Casi inmediatamente la tabla que cerraba el agujero se separó, y dió paso á



un muchacho, que bajó por la pata del elefante, y fué á caer cerca de aquel hombre.

Era Gavroche. El hombre era Montparnasse.

En cuanto á este grito "kirikiú", era sin duda lo que el chico quería decir con "Preguntarás por el señor Gavroche".

Al oírle, se había despertado sobresaltado; se había arrastrado fuera de su "alcoba", separando un poco el enrejado, que había vuelto á cerrar cuidadosamente; después había abierto la trampa y descendido.

El hombre y el muchacho se reconocieron silenciosamente en la obscuridad.

Montparnasse se limitó á decir:

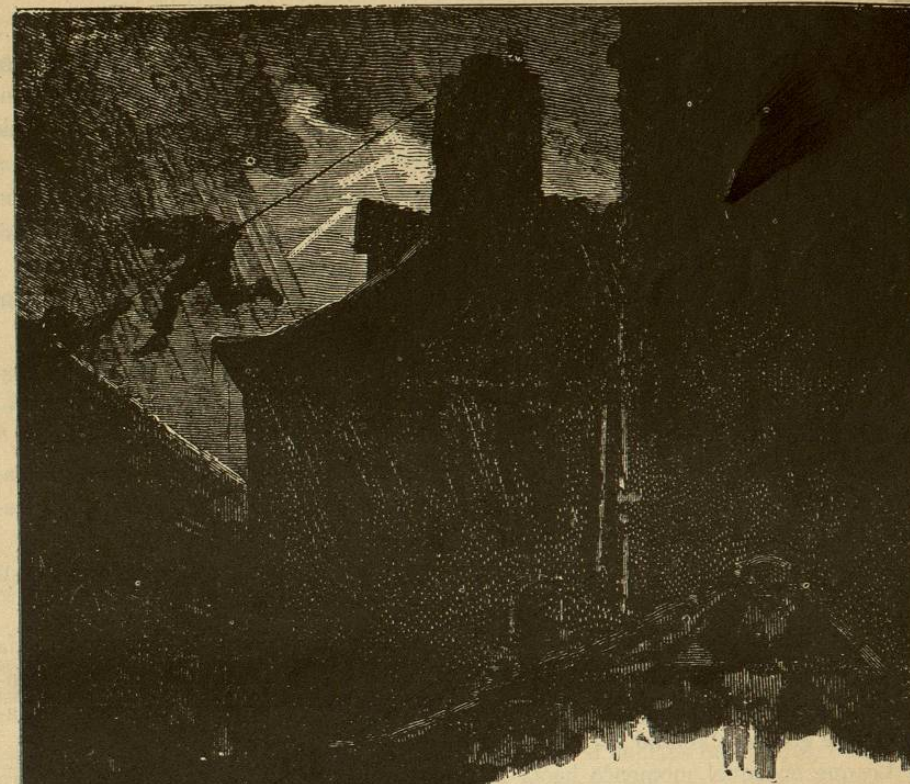
—Te necesitamos. Ven á echar una mano.

El pilluelo no pidió ninguna explicación.

—Aquí me tienes,—dijo.

Y ambos se dirigieron hacia la calle de San Antonio, de donde había salido Montparnasse, serpenteando rápidamente á través de la larga fila de carretas de los hortelanos que á dicha hora bajan al mercado.

Los hortelanos, acurrucados en sus carros entre las verduras y las legumbres, medio dormidos, envueltos hasta los ojos en sus capotes para guarecerse de la lluvia, ni miraron siquiera á aquellos extraños transeúntes.



## III

**Peripecias de la evasión.**

He aquí lo que había ocurrido aquella misma noche en la cárcel de la Fuerza.

Habíase concertado una evasión entre Babet, Brujón, Tragamares y Thénardier, aunque Thénardier estaba incomunicado.

Babet había dirigido el negocio, como se ha podido ver por las palabras de Montparnasse á Gavroche.

Montparnasse debía ayudarlos desde fuera.

Brujón, como había pasado un mes en el cuarto de corrección, había tenido tiempo, primero para tejer una cuerda y segundo para madurar un plan.

En otros tiempos, estos lugares severos en que la disciplina de la cárcel entrega al criminal á sí mismo, se componía de cuatro paredes de piedra, de un techo de piedra, de un suelo de losas de piedra, de una cama de campaña, de un traga-